

Según la doctrina cristiana en “el santo árbol” muere y resucita Jesús, pero el árbol en su simbolismo del árbol de la vida también absorbe los pecados, recibe la confesión y reacciona casi emocionalmente al sufrimiento humano.

El capitán Florencio Gutiérrez, destacado jefe de concheros, me comunicó personalmente una vivencia cuando se confesó con un árbol:

En una ocasión me sentí perturbado, busqué a un cardenal para confesarme; sin embargo la prima del cardenal me hizo desistir diciéndome que el prelado carecía de la debida comprensión para una confesión sincera y aconsejó que mejor me confesara con un árbol. Me dirigí al cerro de las luces, en las inmediaciones de la ciudad de México por una vereda, y después de mucho transitar, ya cansado, llegué hasta un sitio conocido como la cuevita de San Miguel, al atardecer. Cerca de la cuevita de San Miguel observé a un extraño anciano que me advirtió que había cosas malas por ahí y me recomendó que me cuidara. Busqué de nueva cuenta al anciano, pero ya había desaparecido, por lo que decidí descansar. Desperté a las cuatro de la mañana y me encaminé al río con objeto de asearme. En la orilla del arroyo, al inclinarme, vi una luz brillante que emanaba de un árbol; regresé, lo miré de arriba abajo, pero el resplandor continuaba. Una vez superado el desconcierto, me acerqué al extraño árbol y me confesé, sintiendo tal alivio que dormí profundamente hasta las cuatro de la tarde. Al despertar busqué infructuosamente el brillante macizo. De manera inexplicable, había desaparecido. No obstante, me sentí ligero, como flotando. Anteriormente me encontraba muy triste y desolado.